

“EL ROMANÇ DE LES ALFÀBEGUES”



L'afamada escriptora Concha Espina (1877-1955), en la darrera obra que va publicar, *Una novela de amor* (1953), va fer honor a la festa major de Bétera. En esta novel·la, Espina ens narra la història d'un dels amors adolescents del geni universal Marcelino Ménendez i Pelayo. L'agraciada joveneta era Conchita Pintado Llorca. En el capítol novè, titulat *El romance de las albahacas*, son pare, Agustín Pintado, capità de la Marina Real, llegeix en una revista de l'època (estem aproximadament en els anys 1870) un article que va dedicat a la festa de les alfàbegues de Bétera i somia en la seua filla convertida en una *obrero*.

He volgut deixar testimoni de la lírica magistral d'Espina traslladant els paràgrafs on descriu la festa. Entre claus i punts suspensius, deixo de copiar els elements innecessaris, on no es refereix a la festa en sí i modifique el singular en plural d'algunes paraules per a referir-se a les dos obreres.

«Fiesta de la gracia y de la poesía; espléndido otoño con ubérrima cosecha de donosas mujeres, que en Bétera, de la antiquísima Grecia colonial, han querido ejercer como sacerdotisas de memorables costumbres regionales, y han sabido cumplir religiosamente con los mandamientos de una tradición oriental, blanca y pura como las primeras albas de la fe.

Entramos en la villa antañona, bien unida a Valencia por el camino real, bien dotada de reciedumbre histórica, bien fragante de aromas indelebles. Porque no se extingue aquí nunca el sagrado perfume en las albahacas, racimo simbólico de la caridad, del amor, de la belleza y del arte.

Y la celebración pública, cándida y juvenil de las virtudes gloriosas, está representada en vivo por criaturas de excepcional encanto. Varias han sido esta vez las musas del solemne poema [...].

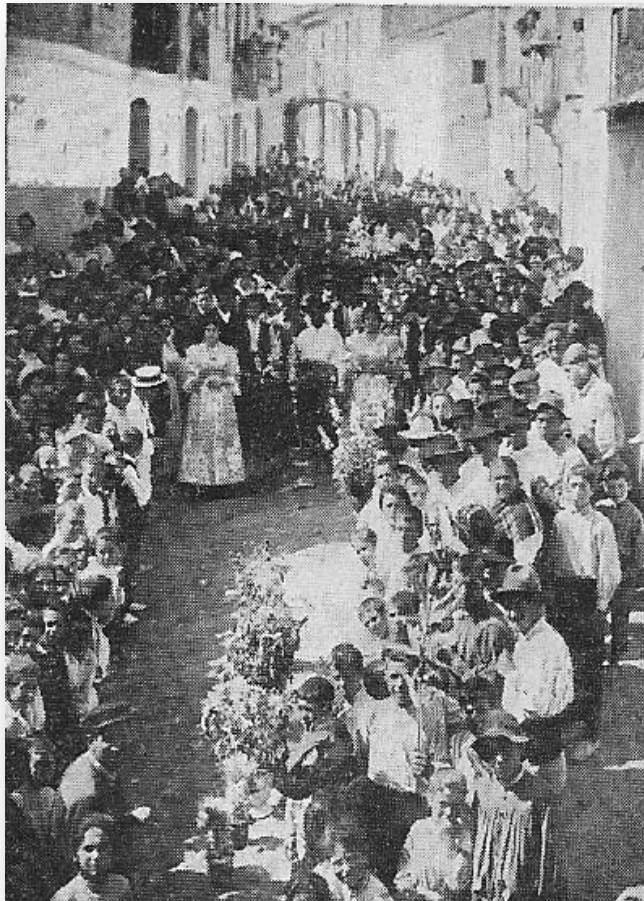
[...] Diríase que nos lo cuenta desde lejos, soñando con las delicias de algún perdido edén; y no obstante, sonríe[n] alegre[s] y dúctil[es]. Es evidente su presencia llena de candor y de vitalidad, en tanto que nos cautiva aderezada[s] con el clásico traje de “obrero”, dócil al ritmo ancestral de la plegaria y de la flor.

Así nos conquista[n] y nos sirve[n] en su efímero reinado [...] de nuestra legendaria romería. La[s] hemos visto convertirse en humilde[s] y devota[s] valenciana[s], vestida[s] como hierática[s] mujer[es] del medievo, como ella[s] transida[s] de la poesía eterna, la que no se muda ni se pierde, aunque se revista de distintos colores.

[...] Nada más propicio que unas manos inocentes y nuevas para administrar la unguida mies de las albahacas, misteriosos cálices de cuatro semillas, imagen teológica de las postrimerías del hombre, según la cristiana ley.

Desde su morena raíz hasta su blanca rosa, necesita planta, por excelencia regional, siete riegos en las horas de su definitivo cultivo, lento y piadoso, que se inicia por el mes de abril y culmina en esta jubilosa recolección, cuando se corre la más solemne pólvora valenciana. Y los pastores de la festera grey levantan cada uno el baldaquín de su providente sombrilla para defender del sol a la “obrero” puesta a su cuidado.

**Processó de les
Alfàbegues, any 1906,
tal vegada la fotografia
més antiga que
conservem de la festa.**



Se subraya así el rumboso cuadro procesional, recordando que a les alfàbegues también las ofende el sol. Las hojas pequeñas, los tallos ramosos, verdes, con frecuencia enrojecidos; el intenso aroma de su flor, todo el conjunto inefable del brote natural constituye un delicado ser, muy sensible igualmente a la escarcha y al viento.

Pero muy agradecido a los cuidados que recibe, y desde su breve estatura normal, puede crecer hasta erguirse en un maravilloso bosque, como el que celebramos aquí, lozano y fresco, roto en hojas altivas cada menudo peciolo. Porque obedece a los siete rocíos de cada día, como a otras tantas bendiciones doctrinales: el trasiego de sus plantas, el mantillo que las abriga, el amor reverente que las nutre.

[...] Y hoy, al rendirse nuestra peregrinación en la Iglesia Parroquial, [...], con su tesoro de líricas albahacas; cuando cesa el alboroto público y el cortejo enmudece en silenciosa ofrenda, surge de la mítica ceremonia un espléndido cantar.

[...] Bétera [...], entre vides y naranjos, acreditando su vetusto origen, cada año rejuvenecido por el júbilo y la

consagración de sus albahacas, en un abigarrado conjunto de mayores y sombrilleros, tracas supersónicas, bailes y oraciones [...].

[...] Bétera alegre, feraz y religiosa, entre muchos lugares del venerable país, donde hoy una[s] chiquilla[s] moderna[s] acrece[n] las algarabías morunas de un sacro tributo sólo con el flechazo madrugador de su[s] belleza[s] ».



1930 [fotografía, Lazaro Bayarri]